

Alfredo Pareja Diezcanseco: la literatura es una dificultad adquirida

ABDÓN UBIDIA

Editorial El Conejo, Quito

RESUMEN

En esta entrevista, realizada en 1987, el autor dialoga con Alfredo Pareja Diezcanseco sobre sus concepciones respecto de la literatura y la Historia. Menciona detalles de su vocación literaria, de sus lecturas iniciales y de las que, posteriormente, lo marcaron más. Pareja describe su rutina diaria como escritor, la cual se relaciona con su idea de lo que es la literatura: «una dificultad adquirida»; alude al rol de los esquemas en la construcción de sus novelas, y al de la crítica de sus amigos del Grupo de Guayaquil en este proceso, durante la década del 30. Respecto de ellos, recalca que éste era esencialmente un grupo de amigos, más que un conjunto de escritores que se juntaban para trabajar en sus textos. Finalmente habla de su admiración por el historiador Arnold Toynbee, y concluye la entrevista mencionando que, para él, «la Historia siempre se hace en el subterráneo de la vida, es decir la está haciendo la vida cotidiana».

PALABRAS CLAVE: Historia, sentido de la Historia, Narrativa ecuatoriana, Grupo de Guayaquil, proceso de escritura.

SUMMARY

In this interview, done in 1987, the author spoke with Alfredo Pareja Diezcanseco about his conceptions regarding literature and history. He speaks of the details of his literary vocation, his first readings and of those that, later, impacted him most. Pareja describes his daily routine as a writer, which he relates with his idea of what literature is: «an acquired problem»; which alludes to the role of schemes in the construction of his novels, as well as the critique of his friends from the Guayaquil group during the 1930's. He reflects on this group's being one of friends much more than writers who got together to work on their texts. Finally, he spe-

aks of his admiration for historian Arnold Toynbee, and he concludes the interview stating that, for him, «History is always made 'underground', that is, it is made by daily life».

KEY WORDS: History, sense of History, Ecuadorian Fiction, Guayaquil Group, writing process.

BENJAMÍN CARRIÓN LO llamó «el escritor que escribe». En verdad, Alfredo Pareja Diezcanseco debe ser uno de los creadores más prolíficos de la historia ecuatoriana. Autor de catorce novelas y muchísimos libros de ensayo, entre los que se destacan sus trabajos históricos, su gigantesca obra no le ha impedido actuar en múltiples campos de la vida nacional: ha sido diplomático, político, profesor, ministro de Estado. La interesante entrevista que ofrecemos a continuación revela algunos aspectos inéditos acerca de su formación y su pensamiento.

—¿Qué le impulsó a elegir el camino de la literatura? ¿La soledad? ¿La angustia? ¿Una vocación cuyas raíces no son del todo racionalizables?

—Yo creo que seguí el camino de la literatura en parte por aquello que se llama vocación y, en parte, porque yo tenía un tío mío, hermano de mi padre, menor de la familia, que era un buen poeta. Wenceslao Pareja: de niño me hacía recitar o me recitaba él versos. Esto me llevó a la lectura y después a la escritura. Además, en mi casa siempre hubo libros. Mi padre estaba arruinado pero él había sido educado en Europa, hablaba varios idiomas, tenía una biblioteca magnífica; entonces me acostumbré a leer desde muy pequeño y tuve alguna vez el deseo de ser escritor.

—¿Cuáles fueron, en los inicios, sus lecturas decisivas? ¿Cuáles sus ídolos literarios?

—Yo soy un hombre que acabo de cumplir 79 años, entonces el recuerdo no es fácil. Pero mis primeras lecturas no fueron decisivas; entonces no podía leer en otro idioma y ya cuando empecé a escribir mi pequeña obra —mala, desde luego— *La casa de los locos*, tenía algunos amigos, unos dos amigos grandes, porque eran unos maestros: Adolfo Hidalgo Nevárez, uno de los hombres más inteligentes que yo he conocido, y el doctor José Eduardo Molestina, abogado; ambos, de una gran cultura, me iniciaron en el estudio porque desafortunadamente yo estudié solamente casi un año de secundaria y no más: me fue necesario trabajar desde muy joven. Ellos me guiaron en esas lecturas que difícilmente recuerdo en este momento, le estoy hablando a usted probablemente de 1922, 1924, 1925.

Romain Roland fue un ídolo literario, desde luego, pero no he podido leerlo por segunda vez. Son las grandes desilusiones que uno sufre. A mí me parecía en aquella época una cosa extraordinaria, una maravillosa.

–Pero los clásicos rusos, Tolstoi...

–No todavía, eso fue después. Eso vino mucho después.

–Y por supuesto de los norteamericanos todavía no se hablaba.

–No, todavía no. Todavía no.

–¿London? ¿Jack London?

–Jack London sí, como no. Y las primeras lecturas pues siempre son las de Julio Verne. Todos los hombres jóvenes de mi generación leíamos esas cosas, desde luego. Incluso Salgari era muy buen novelista. Más tarde, cambiamos, desde luego.

–Usted es un escritor muy prolífico ¿cuál ha sido su método de trabajo?

¿Una rigurosa disciplina diaria? ¿Periódicas explosiones de trabajo febril?

–Yo creo que una rigurosa disciplina diaria. Yo sigo repitiendo y lo he dicho cien veces: la literatura no es un don sino una dificultad adquirida. Y creo que es así porque al principio, claro, yo escribía muy rápidamente; creía eso en la época en que hacíamos realismo social, pero después, mientras más viejo me hacía y mientras más aprendía el oficio, entonces encontraba dificultades tremendas para escribir. Y llegó un momento en el que lo que yo destruía era muchísimo más de lo que escribía. Pero eso es con el tiempo, ¿no?

–Bueno, hay escritores torrenciales como Balzac, pero también hay escritores con grandes dificultades de expresión como lo ha confesado el mismo Hemingway, ¿cuál ha sido, entonces, la cuota de trabajo diario que se ha impuesto usted?

–La cuota diaria de trabajo, pues eso depende de lo que le dé la robustez física. Balzac era un gigante, no, un hombre que no se cansaba nunca y además escribía de pie como usted sabe.

–Pero en el caso de Hemingway, él se conformaba con 450 palabras al día.

–Bueno, ese ya era un método de él. Cada naturaleza humana, y por consiguiente cada escritor, es diferente.

–¿Cómo arma sus novelas? ¿Parte de un esquema básico y de algún modo completo? ¿Deja que el relato lo lleve sin que pueda ceñirse a un plan previo?

–Siempre parto de un plan, pero el plan se hace cualquier otra cosa en el momento menos pensado. Llega un instante en que la novela se va haciendo a sí misma, en el caso mío que soy un escritor de novelas más que de cuen-

tos –no he escrito más que dos en mi vida. De pronto uno está rompiendo todo el plan, toda la estructura sin darse cuenta. Es algo que se ha dicho, y parece que es un disparate, y no es un disparate. Los personajes existen. Los personajes viven tanto como uno, o quizás más que uno. O si no, hay que acordarse de las novelas de Unamuno o de Pirandello, y evidentemente es así. Entonces los planes hay que hacerlos, yo lo hago, yo soy hombre metódico, de trabajo, yo me ciño a mi plan, pero lo que pasa es que la novela se va por un lado, yo no sabría ni cómo ni cuándo, y entonces tengo que continuar con otro tipo de ritmo y con otra naturaleza de esfuerzo para poder hacer las cosas de manera que pudiera establecer una comunicación. El lenguaje es una limitación tremenda para el poder creador, porque inevitablemente el lenguaje es una tensión racionalista ¿no? Uno está pensando veinte cosas al mismo tiempo: tiene una velocidad que es prácticamente imposible alcanzarla con el idioma.

–Usted ha repartido su vida en múltiples actividades. Ha sido literato, historiador, periodista, hombre público. ¿Cuál de esas actividades ha amado más? ¿De cuál de ellas pudo, acaso, prescindir?

–De todas, menos de la de escritor.

–¿Qué piensa de los talleres literarios? ¿El Grupo de Guayaquil funcionó en una versión a la época como un taller literario?

–No nunca. Los talleres literarios no creo que saquen grandes escritores, que saquen escritores... Pueden ayudar probablemente, he visto como trabajan. Pero, no, el Grupo de Guayaquil no trabajaba así. Mire, el caso del Grupo de Guayaquil es, se puede decir extraño, porque no creo que se haya repetido. No estábamos juntos en cuanto a escritores, no fue la nuestra una amistad de escritores; nuestra amistad fue personal, eso nos daba una libertad para criticarnos muy duramente. Usualmente nos reuníamos en la buhardilla de Joaquín Gallegos Lara y con mucha frecuencia en mi departamento, pocas veces donde Enrique porque tenía pocas facilidades para poder gritar y poder hablar, y en esas conversaciones, con una frecuencia de una semana mínimo, de repente yo leía. Por ejemplo, yo recuerdo cuando estaba escribiendo *El muelle* y veo parándose a uno de esos, diciendo «pero no si eso es una torpeza, cómo vas a escribir así, eso está muy mal, esa página no me parece...»; bueno, y así teníamos nuestras discusiones, en esa forma. Era casi una creación en común, pero el artista es siempre celoso de sí mismo, creo que los escritores menos. Además, en el caso nuestro había ya (cuando nos unimos los cinco, después de *Los que se van*) el libro de Joaquín, Enrique y Demetrio Aguilera Malta, Pepe de la Cuadra manejaba ya muy bien la forma y yo creo

que era mayor en edad y también el mayor en esto de escribir, en mi opinión. Un escritor que no tenía ese trabajo, ese esfuerzo era Enrique Gil, porque Pepe era un cazador de palabras. Enrique Gil era un escritor de una espontaneidad increíble, un poco ocioso, no tenía una gran disciplina y como él fue militante del Partido Comunista dejó de escribir, desgraciadamente, para dedicarse a la política. Yo creo que el Partido Comunista, la política, no ganó mucho con él: perdimos posiblemente grandes libros que pudo haber escrito después de *Nuestro Pan* o después de los *Relatos de Manuel*.

—Bueno, pero como Grupo ¿había algún escritor de entonces ecuatoriano al menos a quien admiraran ustedes?

—Nosotros habíamos leído a Luis A. Martínez, *A la Costa*, admiramos mucho al cuentista José Antonio Campos, autor de cuentos montubios, humorísticos y habíamos leído *Plata y bronce* de Chávez, porque *Cumandá* de Juan León Mera nunca nos gustó. Jamás fue para nosotros una novela que valía la pena de leerse, nos parecía una monografía que se escribía sobre una provincia y dentro de ella, pues metidas cosas de Chateaubriand. Y además, ante los escritores ecuatorianos no podíamos estar de acuerdo, antes los admirábamos, con los poetas aquellos a quienes llamó Raúl Andrade la «generación decapitada». Seguíamos con un rubendarianismo un poco retrasado pensando en cisnes dorados, en palacios, en princesas ¡y la gente se estaba muriendo de hambre! De tal manera que nuestra literatura, por lo menos la totalidad del primer decenio 30-40 toda es de protesta, es excesivamente realista, por eso no es completa, por eso no creo yo que es una gran literatura, pero salva unas cuantas cosas. Por ejemplo *Los Sangurimas* de Pepe de la Cuadra. Es más una literatura demasiado creativista, porque el mismo hecho que antes era una literatura intimista y nada más que el romanticismo y el suicidio de Medardo Ángel y «Dios mío, esta adorable, esta adorable danzarina se va a morir, se va a morir, se muere», como le decía a Tórtola Valencia, que estuvo en Guayaquil, eso mismo nos condujo a lo opuesto. A ver excesivamente exteriores, y usted sabe que la realidad requiere de una definición compleja, no fácil, no sencilla. En pocas palabras: requiere de lo interno y de lo exterior para completarse.

—¿La evolución de su narrativa ha supuesto, a su juicio, una superación constante de temas y formas? ¿O ha sido el desarrollo natural de una misma línea estética?

—No. Cuando se tiene tantos años escribiendo, cuando se tiene tantos años de edad, no puede haber la misma línea estética. Yo empecé a cambiar

me parece que ya con *Las tres ratas*, es una novela que no me gusta, le advierto, pero hay un cambio, es una cosa simbólica de decadencia de la familia liberal; pero especialmente con *Hombres sin tiempo*. Pero ya eso es del año 51, no recuerdo exactamente,¹ es otra época y después quise hacer una novela río, que era más o menos la expresión de mi generación y visto con los ojos de un hombre de mi generación: un personaje que se llama Pablo, que seguramente soy yo mismo sin darme cuenta, en *La advertencia*, *El aire y los recuerdos* y *Los poderes omnímodos*. Después, dejé de escribir varios años porque estaba ocupado como profesor de asuntos políticos, tanto aquí como en los Estados Unidos. Reinicié mi labor de novelista con *Las pequeñas estaturas* y con *La manticora*, que yo creo que se relacionan con las anteriores, aunque con otra técnica completamente diferente pero con el mismo ánimo de reflejar una realidad social. Las dos últimas pueden ocurrir en cualquier país que tenga el mismo estado de desarrollo que el nuestro: cultural, económico, político y social. Puede haber, sin duda, una intención esperpéntica que abarque otros niveles: yo recuerdo que en aquella época había en el mundo extrañas noticias como aquella de que una señora de la China había dado a luz trillizos gracias a que el pensamiento de Mao Tse Tung le había transmitido esa necesidad, entonces le llamaban a Mao el «Gran timonel», y él figura en *Las pequeñas estaturas*.

—A su juicio ¿cuál es el escritor más grande del siglo XX y por qué?

—Hay muchos grandes escritores en el siglo XX, es muy difícil señalar el mejor: podría ser Marcel Proust, a ratos puede ser Thomas Mann, a ratos puede ser Broch, sobre todo por *La muerte de Virgilio*. *El Doctor Faustus* de Thomas Mann es lo más grande que yo he leído. Yo no pienso, desde luego, que la enfermedad sea una condición necesaria para la creación, sino que más bien ésta es un producto de cierta desadaptación, porque quien está perfectamente adaptado al mundo no tiene genio creador. Es menester alguna desadaptación para poder hacer algo fuera de lo común, en cualquiera de las divisiones del arte. A Nabokov le considero un escritor grande, pero desde luego que no en esa dimensión. Nosotros habíamos leído mucho la literatura norteamericana de la «generación perdida», Steinbeck, Faulkner, a quien considero uno de los más grandes, al lado de Virginia Wolf, ellos fueron la culminación del realismo...

1. *Hombres sin tiempo* se publicó en Editorial Losada de Buenos Aires en 1941. (N. del E.)

—¿Qué piensa que le falta a la literatura ecuatoriana actual?

—Dos mil años de experiencia, como tiene la europea.

—¿A qué historiador admira?

—Acabo de leer un diálogo formidable entre Arnold Toynbee, poco antes de morir, con un filósofo japonés que se llama Ikeeda. Este filósofo cercano culturalmente a la religión budista quiso hablar con Toynbee pero ya él estaba muy gravemente enfermo, muy viejo, entonces se trasladó a Londres y el libro ha puesto en claro las conversaciones, las discusiones que tuvieron ambos. Y, bueno, realmente es estremecedor. Los marxistas siempre dijeron que Toynbee no era el gran historiador que estaba dando una nueva pauta a la vida con su estudio de la Historia porque era cristiano, era demasiado religioso. Pues Toynbee cuenta que él no es cristiano, que su formación es greco-romana, anterior al cristianismo, y que han sido las religiones monoteístas las que han llegado a producir los nacionalismos exacerbados y los grandes errores de una Europa fragmentada en naciones adversas y enemigas. La cultura greco-romana tiene muchos dioses, hay donde escoger, hay posibilidades abiertas al ser humano, mientras que el monoteísmo, también el de las religiones musulmanas, van estrechando el espíritu de suerte que se llega a un nacionalismo ya agresivo. Yo comparto la idea de Toynbee.

—En el contexto de la Historia ecuatoriana ¿cómo juzga el gobierno del ingeniero Febres Cordero? ¿Con cuál otro gobierno podría ser comparado?

—Yo no creo que haya comparación posible. Vamos a ver. Juan José Flores ha recibido un país que es un caos, el país donde más se luchó y el país que más dio para la guerra del Perú, la guerra de liberación, de modo que organizar un caos no era nada fácil. Ahí la política dictatorial y la política sobre todo personalista de señalar a fulano o zutano y perseguirlo porque no es mi partidario, eso se podía comprender entonces. Buscamos otro parecido que podría ser Ignacio de Veintimilla, pero también allí otras razones explican a Veintimilla, no lo justifican pero lo explican: el país era muy chico, tenía muy pocos habitantes. Pero hoy ¿con quién lo podemos comparar? Él lleva una política personalista: quien no está conmigo, está contra mí. Y hasta persigue a los hijos, el caso de Julio Prado Vallejo, por ejemplo.

—¿Podría, entonces, darnos un listado de palabras que caractericen al gobierno de León Febres Cordero?

2. León Febres Cordero, presidente del Ecuador desde el 10 de agosto de 1984 al 10 de agosto de 1988. (N. del E.)

–Pues, intemperancia, vanidad personal –la vanidad de las estatuas, lo mismo que hacía Hitler, que hacía Mussolini, Stalin en su época, el endiosamiento de la personalidad. A mí me parece tan extraño eso de ir a inaugurar la propia estatua de cemento armado de uno. Yo he tenido una vergüenza tan grande al aceptar ir y hablar en el auditorio Alfredo Pareja, porque me lo habían hecho en vida, y me convencieron y fui, y me moría de la vergüenza y hasta pasé ratos muy penosos. Entonces quiero suponer que al señor Presidente-dictador le ha pasado lo mismo al inaugurar su estatua de cuerpo entero.

Intemperante, vanidoso, de reacciones sumamente violentas y no creo que crea él en la democracia; entonces yo le diría antidemócrata, puesto que no ha respetado las instituciones democráticas del país como la Corte Suprema de Justicia, como el Parlamento ecuatoriano con todos sus defectos, con todo lo que pueda haber hecho mal, por la libertad, por la democracia, o el Tribunal de Garantías Constitucionales. Y un hombre que no respeta esto es un irresponsable, un antidemócrata.

–¿Tiene la historia un sentido?

–Yo creo que tal vez sí, a pesar de Juan Bautista Vico, porque creo que un sentido es seguir dando vueltas pero para seguir avanzando. ¿A dónde? No lo sé. Yo creo que el mundo capitalista, y hablaría mejor del consumista, está en decadencia, pero es una decadencia que puede durar cien años por lo menos. Y entonces pueden pasar cosas muy graves. En cambio, examinando los líderes que tiene el mundo en este momento, el más inteligente, el que tiene más capacidad de liderazgo es Gorbachov, que ha propuesto, sin duda alguna, una transformación total dentro de la Unión Soviética que no sabemos a dónde pueda ir. En igual situación está la China. Sociedades socialistas que están buscando otros rumbos. Las sociedades socialistas pusieron en práctica, por desgracia, en el nombre de Carlos Marx, muchas cosas en las cuales Marx no había pensado siquiera. De allí que no creo que la Historia obedezca a una lógica racional; no siempre, y a veces hay cosas que como no se las puede llamar de otra manera, se las llama el azar. He allí la contradicción de las dos posiciones: la ley de la necesidad que es causa y efecto determinado, y la ley del azar, que también es un cálculo de probabilidades, pero de probabilidades, de cantidades que ya se pierden en el infinito. No sé si me explique. Por ejemplo, tome usted un hecho histórico cualquiera, la muerte de Jacobo en Inglaterra, que precede a la Revolución francesa con cien años, y el hecho de la Revolución francesa ¿cuándo empezó? No lo sabemos y

¿cuándo terminó? ¿acaso no sigue viviendo todavía? Hay como una reacción en cadena de fenómenos, pero con varias alternativas, una de esas ocurre y las otras puede que no ocurran. Para mí la Historia siempre se hace en el subterráneo de la vida, es decir la está haciendo la vida cotidiana.

—¿Podría pronosticarse algo en torno al destino del Tercer Mundo?

—No me atrevería, porque todos los síntomas para los inmediatos siglos que siguen son malos. Acabo de leer el último análisis que hace la FAO: en el próximo año los precios de materias primas van a descender por exceso de producción; pienso que va a ser otro año muy grave y los grandes centros industriales no se han conmovido por la situación. Mire, por ejemplo, yo he estado desempeñando una misión diplomática en Francia y quienes trataron de influir, en la conferencia de Quito que hizo Hurtado,³ que fue buena, en las posiciones del Tercer Mundo, lo hicieron con mucha dificultad y lo hicieron simplemente por una razón: porque la industria norteamericana, la coreana y la japonesa están destruyendo industrias europeas por lo poderosas que son. Además de eso, es un mundo muy complejo y el Tercer Mundo va a tener que librar batallas quizá muy sangrientas, muy violentas. Ojalá que no sea así. Pero los próximos años yo los veo sumamente difíciles. No me preocupa tanto el problema de la deuda, los 400 mil millones de dólares que debe América Latina, porque simplemente no se van a pagar, no se pueden pagar. Solamente nosotros nos estamos haciendo los tontos y pagamos la deuda. ♦

Quito, 1987.

Fecha de recepción: 09 junio 2008

Fecha de aceptación: 10 julio 2008

3. Osvaldo Hurtado, presidente del Ecuador desde el 24 de mayo de 1981 al 10 de agosto de 1984. (N. del E.)